



«No soporto
más esto.
Estar sin ti,
aunque
contigo.»

PATRICIA GELLER

TODO O NADA

Dímelo en silencio



Susúrramelo al oído



Confíesamelo sin palabras

Patricia Geller

Todo o nada

Dímelo en silencio

Susúrrame al oído

Confíesamelo sin palabras

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Patricia Geller, 2017, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Arthur Studio / Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: junio de 2018

Depósito legal: B. 9.739-2018
ISBN: 978-84-08-18972-5
Composición: La Letra, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1. No soy como el resto

No puedo concentrarme en el ordenador, ¿qué está pasando? Hay un revuelo especial en el vestíbulo del hotel. ¡Ni que fuera a venir el papa! Que alguien importante va a reunirse por asuntos de negocios en una de nuestras salas privadas, lo sé, pero reconozco que el interés me parece excesivo. Tanto, que ni me preocupo de preguntar quién es o a qué viene.

No es de mi incumbencia.

Mi compañera de trabajo se muestra sorprendida por ello, ¿qué esperaba?

Lo único que quiero es terminar mi turno y disfrutar del fin de semana.

—Silvia, el jefe me ha dicho que debes quedarte media hora más.

—No me jodas —protesto anotando los últimos datos en el MacBook—. ¿Tengo cara de pringada o qué? Siempre acabo pillando yo.

—Será porque confía demasiado en ti.

—Entonces que me lo demuestre y me suba el sueldo.

—Chis, que te va a oír. Está enfrente.

Alzo la vista por encima del mostrador de recepción y lo encuentro dando órdenes a un empleado sin apartar la mirada de su izquierda. ¿Qué llama su atención? Está de

espaldas a mí y, como soy incapaz de controlarme (no suelo hacerlo), se me escapa una peñeta.

—¿Estás loca? —me regaña mi compañera, mientras, sonriendo, me dispongo a rellenar las fichas de los nuevos huéspedes—. Hay invitados y creo que te han visto...

—Pues yo no creo que le vayan con el cuento. ¿Dejas de distraerme?

—Ejem... Me impresiona tu seguridad, pero *alguien* no deja de mirar. ¿Te da igual?

La curiosidad por descubrir de qué personaje hablan todos casi me hace caer en la tentación y echar un vistazo, ponerle rostro, incluso apellido, ya que lo desconozco aún; sin embargo, me niego a unirme al grupo de lameculos que me rodea.

No es mi estilo.

De modo que me mantengo en mi papel, en mi sitio, dejando las tonterías para el resto.

—Añado información —cuchichea Mery—: el acompañante se está partiendo de risa con tu gesto y parecen comentarlo entre ellos. No dan crédito, y no me extraña. Menudo comportamiento de una empleada *ejemplar*. En cuanto se reúnan, verás.

—Exagerada. —La empujo soltando una carcajada—. Se te está yendo la olla.

—Lo dudo, me da la sensación de que se van a acercar. ¿Qué les dirás?

—Nada, no tengo por qué dar explicaciones a... ¿ellos? —cuestiono. Si habla en plural, es que son más de uno, ¡lo que me faltaba!—. ¿Tan influyente es que trae guardaespaldas?

—¿Por qué no lo compruebas por ti misma como los demás?

—¿Y comportarme como el resto? No me interesa, gracias. Podré vivir con la intriga.

2. La apuesta

«¡¡¡Me encanta, me encanta, me encanta!!!»

Son las dos únicas palabras que me vienen a la cabeza al mirar a mi alrededor y llenarme de estos momentos tan especiales junto a mis dos mejores amigas, Marta y Carolina..., en pleno centro de Madrid, en un bar abarrotado y con la música tan alta que no somos capaces de oírnos. ¡Y qué! Entonces nos limitamos a sonreír, sin importar qué tratamos de decirnos.

Bailamos como si no hubiera un mañana, sosteniendo las copas en alto para no manchar a nadie. Aquí cada quien va a su bola, y eso es lo que siempre he buscado y encontrado en la capital. En estas noches de fiestón hasta el amanecer, me doy cuenta de que venir aquí fue la mejor decisión que tomé hace dos años. Lanzarme a la aventura con las chicas.

«Las tres mosqueteras...»

Debo aclarar que no me ha ido mal y que, a pesar de la crisis económica, puedo presumir de tener vida laboral, aunque no ejerza de editora de moda en una revista, que es para lo que estudié. Ahora mismo, mi trabajo de recepcionista de hotel me da para contar tantas historias en mis salidas nocturnas, o cuando llegan las odiosas resacas, que adoro, de momento, mi puesto de trabajo. ¿Que esto no

siempre será así? Claro que no; no obstante, ahora mismo no me preocupa. Vivo el día a día, sin pensar en el después. Tengo un lema bastante interiorizado: alcanzar mis sueños por méritos propios, no aceptar nada «regalado».

Ni quiero estar en deuda con nadie.

—¡Vamos, chicas! —grito animada.

Muevo las caderas al ritmo de Carly Rae Jepsen, contoneándome cómplice con la menor de las tres, Marta. Tarareamos esta canción tan pegadiza que nunca nos falta en el repertorio. Sobre todo, cuando nos desmelenamos en el piso que compartimos.

—Voy al baño —deletreo en los labios de Carolina—. ¿Venís?

No dudamos en acompañarla, ya que es algo habitual en nuestras salidas nocturnas, al igual que dar el visto bueno cuando una de nosotras conoce a alguien interesante en locales como éste. Aunque seguimos en busca del ¡partidazo! No sabemos exactamente qué abarca tal sufi-jo, pero bromeamos con ello muy a menudo.

Cierto es que no todas tenemos las mismas intenciones con los hombres. ¡Para nada!

Carolina, con veintinueve años, ya empieza a exigir más de ellos. Quiere algo estable.

Marta, con veinticinco, va y viene sin saber qué pretende encontrar. De hecho, no se plantea qué sucederá al día siguiente con respecto a éstos. No le preocupa.

¿Y yo? A mis veintisiete, estoy entre una y otra. ¡Me dejo llevar! No tengo prisa.

—Qué calor —comenta Carolina, una vez estamos dentro del área de los baños. Madre mía, cómo lleva la cabellera de encrespada la rubia—. ¿Nos vamos a tirar aquí toda la noche o rotamos un poco?

—Claro, rotamos, rotamos —responde Marta, reto-cándose la melena pelirroja que la hace tan llamativa, tan especial—. ¿Qué opinas, Silvia?

—Por mí, como queráis, me amoldo a vuestros planes. Después del día que he tenido en el hotel, con desconectar y pasármelo bien, es suficiente. Dónde, es lo de menos.

Me encojo de hombros, subiéndome las medias y luego bajándome un poco el vestido rojo pasión que llevo. Adoro este color, en los labios nunca me falta. El pelo, por supuesto, suelto. Me llega por debajo de los pechos. Es castaño oscuro y ondulado. El sombrero de hoy me va de perlas. A mis amigas, un día más, les chifla cada complemento que llevo y dicen envidiar mi *look*. Serán tontas... Ellas tienen unos ojos claros preciosos. Los míos son marrones, pero no comunes... Expresan lo que yo, a veces, pretendo ocultar.

—Pues decidido —añade Carolina, desde el otro lado de la puerta—. Una copa más y nos vamos a dar una vuelta, que la noche es joven y todavía quedan muchas horas por delante.

—Sí, que hoy por aquí no mola lo que hay.

Le doy la razón a Marta y salimos. Sin pensarlo, vamos directamente hacia la barra y pedimos tres Cosmopolitan, para luego volver a marcarnos una de nuestras grupales coreografías al ritmo de Bruno Mars. La palabra *bailar* se nos queda demasiado corta.

Me detengo un segundo al notar que el móvil vibra en mi bolso.

Cómo no, una notificación de Twitter. Es de un tío que ha comentado la foto en la que anunciaba la fiesta que nos íbamos a pegar esta noche las mosqueteras. No sé de quién se trata, pero le doy las gracias de manera simpática, como hago continuamente. A través de las redes he conocido a gente estupenda. ¡Y me chifla ese mundo desde que lo descubrí!

—Eh, nenas —Marta señala con el mentón hacia la otra esquina del bar—, mirad qué dos morenazos. Los veo, ¿eh?, los veo para vosotras.

—¿Y por qué para nosotras? —pregunto, sin girarme.

—Porque a mí me han surgido otros planes... Le he echado el ojo al camarero que se acaba de incorporar. Nunca lo había visto por aquí y me ha dicho que me invitaba a la próxima ronda...

Las tres soltamos una carcajada.

—El chico está como quiere —la animo. Un rubio que no deja indiferente al personal—. En fin, te veo venir y, al final, nos quedaremos aquí el resto de la noche, ¿no?

—Ya lo veremos. Pero mirad, mirad los tipos que os he mencionado —insiste, empujándonos—; están pendientes de nosotras. Menudos descarados.

—Marta —masculla Carolina.

—Relax, chicas. Ya miro yo, a ver si es para tanto.

Acepto la copa que nos sirven desde el otro lado de la barra y, sin ningún disimulo, me vuelvo para descubrir a los susodichos. En seguida doy con ellos.

Por la descripción de «morenazos», no puede tratarse de otros. Ambos están apuntando con sus penetrantes miradas hacia donde nos hallamos. Diría que el de la derecha, el que de primeras me parece el mayor, tiene una expresión burlona.

¡Buah...! Odio a los tíos que van por el mundo creyéndose dioses, de modo que me crezco, sin achantarme, y le hago la obligada revisión a su acompañante. Éste, por el contrario, en principio está más serio, puede que intrigado, sin retirar los ojos de mi grupo.

Mi imaginativa mente no tarda en darle vueltas al asunto y preguntarse en cuál de nosotras se ha fijado... Es muy guapo. No tiene el pelo muy corto y lo lleva engominado hacia atrás. Viste traje de chaqueta, sin corbata. Va diferente al anterior, pues ése luce un estilo más roquero.

Aun así... es el último quien me ha dejado impresionada. Tiene pinta de que, al quitarse la ropa... gana a rabiar.

Medirá unos diez centímetros más que yo. Me atrevo a pronosticar que ronda el metro ochenta. «Joder, ¡cuánta inspección, Silvia!»

—No eres capaz de acercarte y presentarte —me reta Marta, que me conoce. Acalorada, me echo a reír—. Alguien te ha gustado, tu cara de «empótrame toda la noche» lo dice.

—Qué burra eres. —Carol, la sensata de las tres, se une al reto, por lo que añade—: Yo tampoco te creo capaz. No sé por qué... uno de ellos, y desconozco cuál, te intimida.

—¡Estáis tontas!

—Pues ve —sueltan al unísono.

—Mmm... ¿qué gano si lo hago?

—Carolina y yo opinamos que, aparte de al señor buenorro, escojas al que escojas —recalca Marta—, te libramos una semana completa de tus obligaciones caseras.

Esto ya pinta mejor. Vaguear por casa, ¿quién no sueña con eso?

—¡Hecho!

Les guiño un ojo a ambas y me abro paso entre el gentío que lo da todo a estas horas en el bar. Ya son las dos de la mañana, pero sinceramente es como si la fiesta acabara de empezar. A pesar de mi forma tan lanzada de actuar, los nervios comienzan a aflorar en mi interior. No soy de esa clase de chicas a las que les gusta tomar la iniciativa. Eso sí, suelo coquetear, incitar y esperar... Al final terminan acercándose a mí..., y reconozco que me tomo mi tiempo antes de ir más allá. Sin embargo, viendo lo que me juego en este caso y lo mucho que me apetece ver de cerca esas facciones tan marcadas, no dudo en cruzar todo el local para llegar hasta ellos.

«Atrás, chico, atrás. No eres el elegido.»

El más roquero se apoya en la barra, esperándome con actitud prepotente, por lo que le digo que no con el dedo

y me coloco entre él y el más misterioso, dándole la espalda así al arrogante. Ambos están de pie. Soy consciente de que muchas miradas recaen sobre ellos y no lo digo exclusivamente por mis amigas. A esta escasa distancia, el que me ha llamado la atención gana muchísimo más, según lo que puedo apreciar de su tenso perfil.

—Hola, soy Silvia —musito, posicionándome sobre un taburete hasta estar cómoda. El del traje de chaqueta por fin gira el rostro, impresionándome salvajemente con esos ojos azules que quitan el sentido, aunque lo disimulo—. Voy a ser muy clara... acabo de hacer una apuesta con mis amigas, me han retado a ver si me atrevía a presentarme y... aquí estoy.

—Interesante. ¿Y sueles aceptar los desafíos que ellas te plantean?

—No si no me apetece, que no es el caso.

Sonriéndole, doy un sorbo. Mi corazón se pone a mil cuando él repite la misma acción. Y menuda forma de beber, el trago es tan pausado que me quedo embobada. Se me olvidan su amigo y las mías. No he visto unas facciones mejor hechas en mi bendita vida... sin olvidar que su mirada, tan clara y profunda, es capaz de hipnotizar a cualquiera.

«¿De qué voy, por Dios?». ¡No es para tanto! Creo que he bebido demasiado.»

—Bueno, ¿no vas a decirme tu nombre? —pregunto con interés.

—¿Tengo que hacerlo?

—Depende. ¿Hay algún motivo por el cual seas tan esquivo? —replico a la defensiva—. Lo digo por retirarme.

—Si insinúas si tengo pareja o algo así, vas mal.

—Será porque quieres —se me escapa frente a su fanfarronería.

—O porque no encuentro lo que estoy buscando.

—Por supuesto que no, porque esperabas a una servi-

dora —bromeo, quitándole hierro al asunto—. Y lo sabes; si no, ¿por qué me miras así?

Oigo detrás la carcajada de su amigo, que queda en un segundo plano cuando a mi preferido se le escapa una fugaz sonrisa, ladeada, aunque pronto su postura es otra.

—Ejem... —Carraspeo—. ¿Qué me dices?

—Vas mal de nuevo. —Tuerce el gesto. ¿Está de coña? No lo tengo claro—. Las mujeres tan directas no son mi estilo. De mi hermano, sí, como puedes intuir.

—Vaya, vaya. —Ruedo los ojos, con un aspaviento de manos—. Qué aburrido tu argumento para rechazar mi compañía. Pero no te preocupes: odio a las personas que, como tú, juzgan sin conocer qué hay detrás de la espontaneidad.

—¿He dicho eso?

—Más o menos —contraataco a su sarcasmo. Sus muecas me distraen y, sin motivo, me alteran—. Ha sido un placer..., como quiera que te llames.

Levanto la copa y brindo a su salud. Una vez que he dado un sorbo, y con el mayor cuidado para no desvelar «mis intimidades», bajo con cuidado del taburete para volver con mis amigas. No me da tiempo. Me captura por el codo y me obliga con un gesto seco, y sin querer, a estar cara a cara. Debido al impacto, quizá estamos más cerca de lo que deberíamos.

La boca se me seca.

—Soy Alexander Muñoz —se presenta finalmente. Me suelta y, con el dedo índice, me invita a volver a sentarme. Me hago de rogar, mordiéndome el labio inferior hasta que, con un suspiro, cedo—. Es la segunda vez que coincido hoy contigo, de ahí la curiosidad al encontrarte aquí y la sonrisa mordaz de mi hermano.

—¿Ah, sí? ¿De qué o dónde?

—En el Hotel Ritz, estabas de recepcionista. He comido allí por un asunto de negocios.

Doy por hecho que no lo he visto. No lo habría pasado por alto. ¿O sí? ¡A saber!

—Y te he llamado la atención —me atrevo a insinuar.

—Sería absurdo decir que no. No todas las empleadas le hacen la peineta a su jefe.

—Ya... ¿Tú eres uno de los que me ha pillado? Ha sido una imprudencia.

—De la que no te has arrepentido. —Descansa el codo contra la barra y la mandíbula sobre la palma de su mano. Me observa directamente, lo que provoca que me sacuda en el asiento—. Pero no he podido acercarme, ni he creído que debiera hacerlo, por el público allí presente.

—¿Por qué?

—¿No imaginas por dónde voy ni quién soy? —Niego con la cabeza, sin pillar de qué va—. Supongo que tendré que creerte. Soy el director de la revista de crónica social más importante de España y odio ser la noticia. Hoy todo el hotel estaba pendiente de mí excepto tú, que te entretenías poniendo verde a tu jefe.

Espera... ¡¿Qué?! Sorprendida es poco. Me quedo atónita.

¡¿Qué me está contando?! Normal que su cara me resulte familiar, ¡pues claro! Cada semana recojo en mi librería habitual *La crónica universal*. Resulta que se trataba de él y yo sin enterarme por hacerme la dura.

Cuando lo sepan las chicas, van a alucinar. Por cierto, ¿dónde están? Las busco con la mirada y él se da cuenta.

—Héctor ha ido a por ellas. Es muy servicial cuando quiere —masculla entre dientes—. Comprendes por qué no puedo hacer tonterías que me comprometan, ¿no?

—Ya. Quiero decir, sí. Creo que lo he captado y precisamente por eso estás en este bar nada distinguido para la pasta que debes de tener.

Su sorpresa es evidente ante mi reflexión. Luego asiente despacio y, abandonando la postura, sujeta entre sus

enormes dedos una copa de vino casi llena. Sonríe a medias, irónico. De pronto es como si una conexión fuera de lo normal se apoderara del ambiente..., del nuestro, más allá de la tensión sexual que existe entre ambos.

Ésta es incuestionable cuando desciende la mirada y traga al contemplar mis piernas.

—Procuro pasar desapercibido cuando puedo, sí.

—Lo que quiere decir... —dejo caer con un hilo de voz— que no volveré a verte después de hoy. En el hotel no íbas a presentarte ante la insensata empleada que, además, te ha ignorado y no te ha hecho la ola como el resto del personal, pero ahora que me tienes aquí no vas a desaprovechar la oportunidad que has perdido hace horas. Buena jugada.

—Igual de buena que tu observación. Pero nunca digo *jamás* y me cansa que los demás lo den por hecho. —Elije cada palabra con precisión—. Sobre todo, cuando has mencionado una frase que no deja de rondar en mi cabeza tras conocerte aquí.

—¿Cuál?

—Que eres lo que busco —explica sin más.

—Joder, te quejas, pero tú también vas directo al cuello. —Resoplo—. ¿Y lo crees?

—Tendría que descubrirlo, para poder contrastarlo y elegir.

¡El colmo! Si cree que el poder de elección lo tiene él, ¡lo lleva claro! Además... no me he planteado nada más allá de un insignificante tonto. No sé qué impresión le habré causado, me temo que una equivocada. Claro que, si lo pienso bien, la culpable soy yo, por mostrarme tan lanzada y abordarlo sin andarme con rodeos. Y es Alexander Muñoz...

—Igual la que decide lo contrario soy yo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de actitud y ponerte a la defensiva?

—No me siento inferior a nadie y no soy una mujer interesada.

—Nadie ha dicho que lo fueras.

Nos quedamos callados mientras da un trago. Una forzada sonrisa se dibuja en sus seductores labios al apreciar mi fuerte carácter.

¿Para qué mentirnos? No me gusta representar lo que no soy.

—Háblame de ti —me pide con interés.

—Háblame de ti, de tu ansiedad, de la eternidad si fuera verdad...

Decido callarme, ocultando una carcajada avergonzada por mi naturalidad al tararear la canción. Y es que, en el fondo, parece tan intrigado como yo. Me tiene frenética, despertando mi curiosidad al darme justo lo que yo a él, una de cal y otra de arena. Aunque he de obligarme a que este tira y afloja sea sólo por hoy. Mañana haré como que nada ha sucedido. No tengo intención de complicarme la vida con alguien como Alexander Muñoz.

—¿Estás desviando el tema? —me provoca a la expectativa.

—Por supuesto que no. Soy de Murcia y me vine a la aventura hace un par de años a la capital con mis dos mejores amigas... esas que tu hermano, sin éxito, debe de estar tratando de embaucar.

—Entonces no eres de Madrid —insiste cauto.

—Lo capto, no te importan mis amigas. Y la respuesta es no: mis padres y mi hermana, Olaia, dos años menor que yo, viven allí..., y el resto de mi familia, claro. Los echo de menos y voy a verlos cuando puedo, aunque menos de lo que les gustaría. La verdad es que soy muy independiente...

—Entiendo.

—¿Y qué hay de ti? —Cojo una aceituna del aperitivo que él disfrutaba antes de mi llegada. Alexander clava su

mirada en mi boca, que se hace agua con su intenso e insistente escrutinio—. Quiero decir...

—Más allá del ámbito profesional —adivina, ronco, y diría que más incómodo—. Poco que contar. Nací en Madrid, al igual que Héctor. Luego mi familia se trasladó a Florida y allí crecimos. Ahora el resto vive en Miami, donde tengo un apartamento en el que paso temporadas, casi la mitad del año, aunque viajo a menudo.

—Te arriesgaste a venir de nuevo por aquí para emprender...

—Sí —responde y mira al frente, dejándome claro que odia presumir de lo que tiene y de en quién se ha convertido. Ese detalle me gusta especialmente de las personas—. Héctor también se ocupa de la revista, sobre todo en mis ausencias.

—Él es mayor, ¿verdad?

Alexander asiente sin más. No me basta. Sujeto su mentón y lo obligo a que me mire. Sus ojos echan chispas, como las que saltan con el contacto.

Dejo caer la mano e intento jugar al despiste.

—A ti te echo unos... ¿treinta y dos?

—Dos menos. —Tose—. Has acertado la edad de mi hermano.

—No es que parezcas mayor —intento excusarme. Alexander no muestra ninguna reacción a través de sus marcados rasgos—. Quizá te he puesto alguno de más por el aplomo con el que te veo. Él es más...

—Picaflor. Inmaduro. Inestable.

—¡Guau!

—Entonces no soy tu tipo —retoma secamente de nuevo el tema y me da a probar una aceituna—. Es lo que has dado a entender, ¿me equivoco?

Noto que me tiembla el labio y que Alexander se agarrota cuando la acepto. Le digo que espere un segundo antes de responder, ya que hablar con la boca llena no está

bien y, ¡qué demonios!, temo que ni siquiera me salga la voz. ¡Qué calor, madre mía! No sé ni dónde mirar.

¡Vaya pregunta!

No pegamos ni con cola. Él, vestido de Armani, muy elegante, sin que le falte un detalle. De pies a cabeza, todo lo que lleva, y destaca, es caro, tal vez del mismo diseñador, y la pasta que eso cuesta es impresionante. Desprende un olor de esos inconfundibles que..., y su reloj tiene más valor que todo lo que llevo puesto en este momento, que es de Zara: el típico vestido con escote palabra de honor, tacones de estilo *pumps*, complementos del tres por dos de Claire's y perfume, sí, pero no excesivamente caro: Amor Amor.

Es obvio que somos muy distintos.

—No creo que haya compatibilidad entre nosotros, no.

Por su expresión, me da la sensación de decepcionarlo, pero, siendo realistas, no hay otra respuesta.

—¿Por qué? —cuestiona sin aceptar mi negativa. Suspiro sonriendo—. Dame motivos y, si me convences, no volveré a insistir.

Joder. ¡Pues son unos cuantos! Admitirlo en voz alta puede sonar hasta frívolo.

—Por lo poco que he leído y sé de ti, y por lo que deduzco de ciertas publicaciones y noticias... yo soy más despreocupada y tú ya estás estabilizado y asentado en todos los niveles.

Frunce el ceño, atento. Con calma, continúo.

—Vivo la vida como quiero, dentro de mis posibilidades y del respeto que me tengo a mí misma. La tuya se basa en el orden y en otro tipo de responsabilidades que no van conmigo. Mis preocupaciones son del tipo qué me pongo esta noche para irme de fiesta con mis amigas. Es un ejemplo estúpido, lo sé. ¿Son motivos suficientes para ti?

—Deduces mal y pronto —me interrumpe con un tono indulgente. Me está retando, puedo leerlo en sus

ojos, en su disfrazada sonrisa llena de malicia. «Esto se pone divertido»—. Silvia —recalca a propósito—, te recuerdo que los polos opuestos se atraen.

—Ya... y fracasan en cualquier intento.

Da un paso hacia mí y por un loco segundo creo que me besaré; sin embargo, queda en un mero acercamiento que me acelera el pulso sin sentido. No soy inexperta en estos temas, pero reconozco que tiene algo que ha conseguido producirme mucha inquietud. No solamente es su físico, va más allá de eso y no sé el motivo. Tampoco quiero descubrirlo.

—Tengo que irme —musita discretamente, mirando por encima de mi hombro para inmediatamente asentir con la cabeza. Al observarme de nuevo, añade—: ¿Vas a dejarme escapar sin más?

¿Perdona? Abro los ojos de par en par. «¡¿Qué se cree?!»

—Señor, no me hagas reír. ¿Qué pretendes que haga?

—Dame tu número de teléfono —me pide sin rodeos.

—¿Con qué intenciones? —Miro su boca. Él traga—. Sé sincero y ahórranos tonterías.

—Descúbrela por ti misma, ¿no?

Odio la frase. El misterio se desvanece. Aborrezco a los que van de machotes por la vida. Admito que me suelen aburrir pronto los tipos arrogantes.

—Ni lo sueñes, guapo. Lo siento, pero no soy la típica chica a la que se le caen las bragas con hombres como tú. No me enganchas por quién eres, el dinero que tienes, ni lo bueno que estás. No creo en los dioses del sexo y no me dejo manejar por vosotros. Nunca. Resumiendo, busco historias reales, no de cuentos. Ésas no existen.

Alexander Muñoz entrecierra los ojos, da un paso atrás y se aprieta el puente de la nariz. Sin decir una sola palabra, le indica a su hermano con el dedo la puerta por la que han de salir. Ni siquiera se despide de mí, dándome la razón. Es un prepotente.

—Tía —me llama Marta. Detrás, más seria, viene Carol—. Héctor nos ha dicho quiénes son... Qué fuerte y menudo creído. La rubia lo ha mandado a la mierda y todo. ¿Qué ha pasado contigo? ¿Qué te ha dicho? ¡Cuenta, que se me escapa el camarero!

—Nada, otro fantasma más para la lista.